

NOTAS

1. Que son precisamente las reglas que intentan imponer los adalides del neoliberalismo como Friedman o Buchanan.

2. Me figuro que lo hace para englobar a países que sin ser capitalistas pertenecen a la

«civilización industrial» como la URSS en su día, o actualmente China, pero él ya deja muy claro en ciertos puntos que la URSS pertenecía al mismo paradigma industrial que el mundo occidental.

OTRA ECONOMÍA ES POSIBLE

Manuel Santos Redondo*

20 años después de publicar *La economía en evolución* (1987) y bastantes más desde *La evolución de la agricultura en España* (1971) los balances energéticos que llevó a cabo con Pablo Campos (1980), Naredo publica ahora un libro destinado a un público amplio, y que de alguna manera compendia muchas de sus investigaciones anteriores. A pesar de la amplitud de los horizontes del autor en sus investigaciones, creo que existe una coherencia y unidad en todas ellas: la necesidad de utilizar, junto a los instrumentos convencionales de análisis económico, otras mediciones, muchas veces en unidades físicas, y con esa información tomar después decisiones políticas. Esos trabajos prácticos nos aclaran mucho las propuestas concretas de «enfoque ecointegrador» que se defienden de forma genérica como conclusión de la crítica al sistema económico. Además, en la trayectoria del autor, primero fueron los trabajos de economía aplicada y su labor como Estadístico Facultativo y luego sus reflexiones

más generales sobre la ciencia económica. Creo que siguiendo en parte esa misma trayectoria puede entenderse mejor este libro.

Al analizar la agricultura española, Naredo utilizaba contabilidad convencional en dinero pero también mediciones físicas de cantidades de energía o de toneladas de materiales. La agricultura tradicional, preindustrial, presentaba un balance energético positivo, es decir, aportaba más energía de la que consumía, mientras que la agricultura resultado de la revolución verde consumía más energía, en forma de combustibles fósiles y maquinaria, que la que proporcionaban sus productos. Esta medición en cantidades de energía o en toneladas no sustituye a la medición en dinero, pero es tan necesaria como la habitual de los economistas.

El de 1987 es un texto de historia de pensamiento económico, que pretende explicar lo inadecuado de los conceptos clave de la economía convencional. Porque además de estudios concretos que apliquen un enfoque multidisciplinar, hacen falta reflexiones más generales para entender por qué los economistas seguimos haciendo más o menos lo mismo que participemos en discusiones metodológicas.

* Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Departamento «Historia e Instituciones Económicas I» (manuel santos@ccee.ucm.es).

Raíces económicas del deterioro ecológico y social es un libro mixto. Incluye tanto pensamiento económico como estudios empíricos, con uso de variables convencionales, es decir, medidas en dinero, a la vez que las innovadoras medidas en energía o en toneladas de materiales. Sólo así puede entenderse lo que Naredo llama el «metabolismo» de nuestra civilización. Mientras la contabilidad en dinero puede mostrar una aparente buena salud de la sociedad, la contabilidad energética y de materiales puede poner en evidencia un modelo de crecimiento que no se puede sostener y mucho menos ampliar a todo el mundo.

La combinación de los dos análisis, el que mide en dinero y el que mide en eficiencia energética y en flujos de materiales, es lo que dio a Naredo un puesto preeminente entre los estudiosos de la agricultura y de la ecología. Por eso recomiendo, al menos a los economistas, comenzar la lectura de este libro por el último capítulo: «Revisión del desarrollo económico español», donde el autor aplica la metodología que propone, el enfoque eointegrador, para analizar el modelo de desarrollo español. Analiza los flujos financieros, poblacionales, y de energía y materiales, y muestra cómo España se convierte en atractora de capitales, recursos naturales y población; y a partir de 1995 son las empresas españolas las que realizan inversiones en el exterior, a diferencia de lo que ocurrió en la década de 1980, cuando eran los «no residentes» quienes compraban las empresas españolas para introducirse en el mercado del nuevo país europeo. Queda claro que el caso de España, el sector inmobiliario tiene una gran importancia, y la tiene como inversión, compitiendo con los mercados financieros. Y esto no se puede analizar sólo con mediciones en dinero, porque la construcción de viviendas y de infraestructuras es una actividad que consume mucha energía y materiales y que tiene un gran impacto en el territorio, y por tanto es un grave problema ecoló-

gico (p. 254). En esta sociedad, el ecologismo debe preocuparse por el «metabolismo» de la economía española, en la que las viviendas se compran como inversión, con el récord de viviendas secundarias y desocupadas. La conclusión de este capítulo tan empírico y actual, que se apoya en trabajos con Óscar Carpintero, es la misma que en los capítulos de pensamiento económico: lo que llamamos «desarrollo» es imposible de generalizar a todo el planeta, sobre todo por su la ineficiencia ecológico-ambiental; y deberíamos revisar el propio concepto de «desarrollo» de forma que incluya medidas mediciones de flujos físicos, como hace el autor en este libro y en otros estudios.

Por tanto, vemos que la conclusión de Naredo en los trabajos interdisciplinares sobre agricultura, en los que fue pionero; en sus trabajos empíricos sobre los flujos financieros, y en sus trabajos de pensamiento económico, es básicamente la misma y muy coherente: no se puede gestionar bien la economía, ni siquiera hacerse una idea de lo que funciona bien o mal, si contribuye al bienestar o al desastre ecológico, sin incluir la contabilidad de energía y materiales, o de metros cuadrados de suelo destinados a cada uso. Que esa contabilidad no puede sustituir a la puramente económica, lo sabemos los economistas y toda la población. Pero el razonamiento inverso, que la economía no puede ignorar las limitaciones físicas, es igualmente obvio, pero lo olvidamos con frecuencia o no lo queremos saber.

Creo que después de leer este capítulo, el lector puede hacerse una idea del enfoque «eco-integrador» que propone Naredo, y a la vez del amplio uso de herramientas convencionales del análisis económico que implica ese enfoque. Y entonces puede pasar a leer la crítica teórica y metodológica al conjunto de las ideas, metáforas y mediciones habituales de los economistas. Los economistas como profesión tenemos una especie de vacuna de sensatez, que hace que sólo

aceptemos pequeños cambios o críticas desde dentro, que dejan intacto lo esencial del razonamiento económico. Esa aceptación tan interiorizada y socializada es lo que convierte en «dogmas» lo que deberían ser sólo instrumentos de análisis. A veces hacen falta planteamientos radicales; cuando la situación es extrema, lo insensato es no hacerlos. Como economistas y como académicos, la inercia nos lleva a seguir haciendo lo que hemos aprendido y lo que nos proporciona ingresos y prestigio profesional y social; esto es, a alejarnos de cualquier alarmismo y a colaborar en operaciones de imagen como el «crecimiento sostenible,» que resulta imposible sin cambios radicales («Conclusiones y recomendaciones,» p. 106). Esos cambios «exigen contar con presión social y enfoques capaces de alterar el vínculo entre poder y dinero que ha generado la presente situación,» pero también requieren «la revisión de los valores, metas y estilos de vida hoy dominante.» Conclusiones así suenan raras, casi ingenuas y hasta «poco profesionales» para economistas, pero hablar de medio ambiente sin hacer esas recomendaciones es engañar o engañarse.

Schumpeter, que era un admirador de la teoría por la teoría misma, escribió sobre el éxito de la *Teoría General* de Keynes: «en la economía un entusiasmo tal —y, análogamente, una marcada hostilidad— nunca aparece a menos que el frío acero del análisis, en virtud de las reales o supuestas implicaciones políticas que contiene, adquiera una temperatura que no le es propia» (*Historia del análisis económico*, p. 389). Y cita como precedentes de entusiasmos y expresiones ardientes a Marx y a los fisiócratas.

Schumpeter no es el único a quien le gustaría que su ciencia, la economía, quede en manos de los profesionales y lejos del público o de la militancia política. El biólogo español Ramón Margalef se desmarca así del activismo ecologista:

«Afortunadamente, la construcción de la lengua española admite los dos términos, ecólogo y ecologista, con su distinto significado. [...] La ecología, en realidad, no tiene tantas pretensiones [como el ecologismo]. Trata de comprender cómo los organismos, que otras ramas de la biología estudian uno por uno, se insertan en la vida real. Estos conocimientos pueden ser interesantes para el hombre, como especie biológica. En todo caso, las decisiones hay que tomarlas en otro nivel. Algunas de las vaguedades que confunden a la ecología actual, así como el sentido de milicia que infecta [*sic*] a algunos de sus cultivadores se comprenden si se consideran las raíces históricas del pensamiento ecológico. [Pero] sin dejar de ver con interés los mencionados antecedentes culturales, la ecología actual es una ciencia, en el sentido habitual de esta palabra» (Margalef, *Ecología*, 1981, pp. 13-15).

Raíces económicas del deterioro ecológico y social fue presentado en un acto organizado por la organización Attac, que se define como «movimiento internacional por el control democrático de los mercados», en un ambiente más de militancia ecologista e izquierdista que académica. Pero, como dijo entonces Carlos Berzosa, rector de la Universidad Complutense y anfitrión, su fuerza está en los razonamientos, no en las emociones ni la militancia política. Naredo lleva a cabo el frío análisis, pero deja claro que para que se realicen los cambios que propone hace falta esa «temperatura» que Schumpeter consideraba impropia de economistas.

La «temperatura que no le es propia» viene de las conclusiones políticas y prácticas que se deducen del análisis, y también de su retórica. Esa retórica parece anticapitalista y contraria a la economía teórica convencional, pero las propuestas concretas son más bien pragmáticas. En la polémica entre más estado o más mercado, Naredo deja claro que el problema del deterioro ecológico no encaja en ese esquema: «la polémica

ca liberalismo-intervencionismo distrae hoy la atención de la verdadera encrucijada del sistema económico y financiero internacional y de la posible formulación de alternativas razonables, esterilizando con ello los frutos de la protesta» (p. 104). No es sólo que el sistema económico de la Unión Soviética imitó en lo esencial las ambiciones desarrollistas del capitalismo, pero con mucho mayor deterioro ambiental (p. 35); es que en nuestra economía, los particulares, los empresarios y las administraciones contribuyen hoy a la explotación y destrucción del patrimonio natural. Lo que necesitamos es una economía, unos sistemas de información y de gestión y unas «reglas del juego» que incentiven la conservación, sea con propiedad pública o privada (p. 106, «Conclusiones y recomendaciones»).

Por mucho que quiera parecerse a las «ciencias duras», la economía es siempre una ciencia social (p. 18); y aún más cuando se ocupa del medio ambiente o del «deterioro ecológico y social.» Inevitablemente, el análisis y las soluciones son una cuestión ética y política, además de técnica. El economista que se ocupa de estos temas puede ser o no un activista político ecologista; pero difícilmente podrá mantenerse en una torre de marfil profesional. Pero antes de rendirse y dejar paso a los criterios éticos y políticos, la economía, en compañía de otras ciencias, tiene mucho que decir sobre la gestión del planeta y sobre el deterioro ecológico y social.

Lo sorprendente es que la actividad profesional de los economistas se haya convertido en gran parte en una defensa de antemano del *statu quo*, debido a la inercia y los hábitos mentales, por un lado; y a la parcelación y especialización que dominan en el ámbito académico. «Cada vez el pensamiento económico dominante ayuda más a convivir con el continuo deterioro ecológico y la polarización social que ocasiona la sociedad industrial que a controlarlo, paliarlo o evitarlo» (p. 36). Naredo considera que los enfoques de la «economía ambiental», de la «economía ecológica» y de la «ecología industrial» son complementarios, y ése sería el enfoque «eointegrado» (p. 16); aunque afirma de forma contundente: «Pese a mi afán conciliador, he de reconocer que la economía *ambiental* acostumbra a trasladar la función mistificadora propia del enfoque convencional al tratamiento de los recursos naturales o «ambientales»» (p. 17). Pero a pesar de esa retórica tan pesimista, en este libro, además de la crítica a las ideas y las metáforas del capitalismo y de la economía, podemos encontrar también trabajos donde el instrumental de los economistas, dentro de un enfoque pluridisciplinar, arroja luz sobre el problema del deterioro ecológico que da título al libro, en vez de contribuir a sofisticar el análisis a la vez que nos adormece como si nada de lo que ocurre estuviera fuera de control. Y considero que esa es su principal aportación y un motivo para el optimismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPOS, Pablo y NAREDO, José Manuel (1980): «Los balances energéticos de la agricultura española», *Agricultura y Sociedad*, n.º 15, abril-junio, pp. 163-255.
- CARPINTERO, Óscar (2005): *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)*, Tegui, Fundación César Manrique.
- MARGALEF, Ramón (1981): *Ecología*. Planeta, Barcelona.
- NAREDO, José Manuel (1987; 3.ª edición, actualizada en 2003): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI.
- [1971] (2004): *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*, Editorial Universidad de Granada.
- SCHUMPETER, J. A. [1954] (1994): *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.